

El eremita de Salamanca

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

Hermosa —por su pulcritud, por lo que ella encierra de grave respeto, por el fervor con que ha sido impresa— esta recopilación de la obra unamunesca con que una editorial española obsequia a nuestra raza. Con don Miguel de Unamuno tenemos un compromiso, directo o indirecto, todos los ciudadanos del universo español. Y es bueno, es tonificante, recordarlo de tarde en tarde. Ninguna coyuntura como la presente, la de los recientes festejos de su centenario y la recopilación de toda su obra, para retornar, por breves instantes, a esa inquietante, a esa viviente cátedra de su pensamiento.

Este viejo, de combativa cabeza y dolorido corazón, nos puso a funcionar la totalidad del alma, a emplear íntegro el poderío de nuestra conciencia. Espíritu reclamado, con paralela intensidad, por la fe del carbonero y la más desesperada precisión razonadora, don Miguel es el típico ejemplo de esa tortura agonista, de ese “vivir muriendo”, que es la almendra ontológica de lo eterno español. Se muere de nada, nos recuerda el hosco meditador salmantino. Morimos —y es este, tal vez, el íntimo, el españolísimo credo unamunESCO— porque nos da la gana. Esa gana de Unamuno que suena a embiste taurino, a empeño contra todo y contra to-

dos, de destrozar interrogantes con los cuernos de un análisis mugidor y rabioso. Pero lo que más nos apasiona de don Miguel es esa capacidad, tan suya, tan de vasco terco, después de todo, de poner la erudición a un lado. De tomar los conocimientos, larga y tesoneramente acumulados, y darles un puntapié. Unamuno se queda solo en el yermo de la meditación. Solo consigo mismo, que ya es mucho. A arrancarse saetas, a bramar por todos los hocicos de su ardoroso corazón. No quiere sentencias, no quiere aforismos que le mitiguen el brasero de sus entrañas. En nada quiere creer (como no sea en que se muere, en que se pudre sobre su propio esqueleto, hasta casi convencerse y convercernos de que es víctima de un chiste macabro) este santo filosófico, este hermano legítimo de los viejos ascetas españoles, san Bonifacio de Toledo y san Pedro de Alcántara. Y es como Anteo; no puede andar por las nubes. Para cargar sus recámaras dialécticas, tiene que tocar tierra. Tocar alma, que es piso terrestre. Saturarse de sus jugos hasta la médula. De aquí, de mis trece, de mi polvo, de mi sequedad y de mi hambre, de mi sufriente convicción de estar vivo, no me saca nadie, nos dice con su actitud este tozudo leñador que le camina, a puros hachazos verbales, a las

hayas y encinas que se nutren del légamo filosófico de occidente.

La lección de Unamuno nos interesa en nuestra simple calidad de hombres: porque nos demuestra, comenzando con su propio ejemplo, que en todo hombre, por el solo hecho de serlo, hay un terrible compromiso con la existencia, con el existir en función trascendente. Más allá de cualquier norma o de cualquier credo. Que es imprescindible resolver qué hacemos con nosotros. Con cada segundo, con cada hora, con cada año de este nosotros de barro, de amor, de esperanza, de obscuridad y de alegría. Unamuno nos enseña a despojarnos, a arrancarnos de un manotazo, esa espejeante cota de malla de la erudición. Nos enseña a plantarnos, con desnudo coraje, frente al enemigo. Y el enemigo, en este caso concreto, lo es todo: el tiempo, los seres y cosas que nos rodean, el júbilo que perseguimos y la desdicha que atesoramos. La vida es drama. Actitud poética por excelencia. Vivimos, representamos un drama: el drama de nosotros mismos. Cada instante es una improvisación. Ser otros sin dejar de ser nosotros. Fuímos. Los que pasamos por la arcada de este segundo (encarnado en un efímero gesto, en una sonrisa, en un beso, en un susurro) ya no somos nosotros. ¿Y ese que éramos, que fuimos, dónde está? ¿hacia dónde vamos en este segundo y por qué?

Allí nos deja Unamuno. En el centro, en lo más profundo de nosotros mismos. A ganar nuestra batalla para Dios o para el diablo. Su palabra no ha sido otra cosa que el hechizante señuelo para internarnos en el laberinto. Solos en el interior de nosotros. Existiendo. Tocándonos por dentro. Sin

salida posible. Viendo qué hacemos con todo esto que somos. Con todo este costoso lujo de nuestros atributos terrestres. Con esta agonía, con este españolísimo "vivir muriendo". Es claro que semejante sostenida actitud —con toda la autoridad, con toda la bravura e incluso con toda la altisonancia de este formidable ejemplar— puede, y ha ocurrido con frecuencia, prestarse para la fácil interpretación o el análisis peyorativo. Recordemos, al respecto, las saetas, empapadas de exquisita impertinencia y juvenil sagacidad, con que el Ortega y Gasset de comienzos de siglo trató de perforar la corteza de tan espléndido animal cogitativo.

Pero Unamuno es invulnerable. Su espectáculo mental —arrogancia y severidad, desazón y pauta, clamor sin cauces y temibles silencios limitando y haciendo más perentorios sus arrebatos— es una secuencia de su espectáculo interno. Y una consecuencia de su sinceridad, de su peligrosa inclinación al alarido y al desgarramiento del atrio. Y todo ello parece ser posible por una razón que le ha valido una especie de llamada a cuentas de la generación que le ha tocado festejar su centenario; don Miguel se propuso —con pretenciosa, con orgullosa lucidez— asumir la vocería colectiva del hombre. Pero en especial (con algo de bárbaro caudillaje) del hombre hispano. De esa alma desmedida y compleja, atenazada y libre, impulsada por el apetito divino y desflecada por el aquilón de la apostasía. Por todo ello, un retorno a la lección unamunesca es la oportunidad para hacer el balance de lo mejor y lo peor que conforma —como ingredientes que han de traducirse en conducta— los resortes medulares de nuestra raza.